

## EL PRECIO DE LA CABEZA

Era un desecho humano pero le ayudaron a rehacerse aunque pidiendo por ello un precio terrible.

Los bienes de Cristóbal Alexander Pellett eran los siguientes: su nombre, que procuraba mantener intacto; un traje blanco, que no era ni sombra de lo que fué y que nunca se quitaba de encima; una continua e inextinguible sed de alcohol y una llamante cabellera. También tenía un amigo. Debemos hacer constar que nadie es capaz de crearse una amistad, ni siquiera en las pacíficas islas de la Polinesia, si no posee alguna cualidad sobresaliente. Tanto importa que sea maldad o humorismo; necesita algún rasgo característico por medio del cual sujetar al amigo.

¿Cómo explicar, entonces, la devoción y el afecto de Karaki, el botero de la compañía? Este era el misterio de Fufuti.

Pellett no era hombre malo ni peligroso, jamás se peleaba con nadie, nunca levantaba el puño en movimiento amenazador. Por lo visto no se había enterado de que a un hombre blanco, aunque sea un borracho, los pies le han sido concedidos para apartar a puntapiés, del camino, a los indígenas. Ni siquiera insultaba a nadie, excepto a sí mismo, y al mestizo chino que le vendía el ron y esto se hallaba justificado, porque el licor era de pésima calidad.

Por otra parte no poseía ninguna característica buena. Hacía mucho tiempo que perdiera la voluntad de trabajar y, últimamente, hasta la habilidad de pordiosear. No sonreía, ni bailaba, ni mostraba ninguna de las amables excentricidades que a veces inducen a conceder cierta tolerancia a los

borrachos. En cualquiera otra parte del mundo habría perecido. Pero el azar lo condujo a las playas donde la vida es fácil como una canción y la suerte le dió un amigo. En consecuencia, sobrevivió. Eso era todo. Sobrevivió como un montón de carne conservada en alcohol...

Karaki, su amigo, era un indígena de Bougainville, donde a ciertos prisioneros de guerra se los ahuma y a otros se les come. Siendo un negro, un melanésio, resultaba tan forastero en Fufuti como cualquier blanco. Era un hombrecillo serio y eficiente, de ojos hundidos, abundante cabellera, negra y crespada, y rostro carente de toda expresión. Sus gustos eran sencillos. Llevaba un pedazo de pañuelo rojo anudado a la cintura y un aro de latón le colgaba de la nariz.

Un poderoso jefe de su isla lo alquiló a la Compañía Mercantil por tres años, recibiendo de antemano su salario de tabaco, y abalorios. Terminado el contrato, Karaki sería embarcado y devuelto a Bougainville, que estaba a una distancia de ochocientas millas, y allí desembarcaría tan pobre como antes, excepto en experiencia. Esta era la costumbre.

Rara vez una de las razas negras del Pacífico muestra alguna de las virtudes por las que se admira a las poblaciones sojuzgadas. La fidelidad y la humildad logran conseguirse en otros colores de piel. Pero el negro permanece salvaje e inescrutable. Su corazón es coto cerrado. De aquí el asom-